



el tlacuache

S U P L E M E N T O C U L T U R A L

“Mexicanerías”: una mirada desde la literatura, a las mujeres en la sociedad mexicana del Siglo XX

Dra. Laura Alicino.
Universidad de Bolonia.

A Marina la nombraron así por las ganas de ver el mar. Cuando la bautizaron, sus padres le dijeron a ver si a ésta sí le toca ver el mar... Son las cinco de la mañana y ella tiene que estar en la fábrica a las siete. Se ha retrasado. La retrasó anoche el amor con Rolando, ir con él del otro lado del Río a El Paso Texas y regresar tarde, sola y tirando por el puente internacional a su casita de una sola pieza con retrete en la Colonia Bellavista de Ciudad Juárez.
Carlos Fuentes, “Malintzin de las maquilas”

Símbolo figurativo y espectacular de la sociedad mexicana de los primeros años del siglo XX es, sin duda, Celia Montalván, una de las *vedettes* más famosas de México. Mujer bellísima, según Carlos Monsiváis, se convierte en el emblema de la evolución del papel femenino en general, como especulación del cuerpo y masificación de la imagen, a través la institución de la dinámica de las fotografías y de las cartas postales. En este nuevo comercio del siglo XX, la protagonista es la mujer y aún más la mujer de las clases populares. La fotografía de masa llega a ser el primer medio clasista que se aprovecha de la condición del pueblo para inmortalizar su miseria en las imágenes que en seguida serán compradas por los exponentes de la clase burguesa.

“Por naturaleza y definición, la cultura mexicana es una cultura sexista”, escribía hacia 1973, Carlos Monsiváis en *La cultura de México*, con un artículo titulado: “Notas sobre el sexismo en la literatura mexicana”. Esta es, por supuesto, una de



las caras que forma parte de lo que el cronista mexicano considera “El dolor de México”. Hasta nuestros días, recorriendo las calles de la capital y conversando con la gente, se respira, radicado, este perjuicio con respecto a la mujer, viejo como el mundo. El tema es sin duda muy delicado y tiene raíces históricas profundas. “¿Cuándo surge el sexismo?”, se pregunta Monsiváis en el mismo artículo. Citando al Génesis, responde que históricamente nace cuando en lugar del placer y del desarrollo personal, la reproducción se convierte en el fin de las relaciones sexuales.

Durante siglos la mujer ha sido mirada, descrita por ojos masculinos. Ha sido privada de los derechos más basilares, bajo la tutela de sus patrones (el padre antes, el esposo después), sin poder instruirse, sin poderse rebelar a la violencia



represiva de la sociedad patriarcal, que todavía hoy representa una realidad. En un cierto momento, se divide el "masculino" del "femenino" y se fijan las funciones sociales, bajo la lógica del "debe ser. Así está escrito". No es este el lugar en que hablaremos de la tradición misógina del mundo. Baste con recordar que, en un cierto momento de la historia de la humanidad, la inferioridad de la mujer, declarada sólo verbalmente, se ha convertido en una afanosa búsqueda de una inferioridad científicamente documentable.

¿Cómo se concretiza este pasaje en México? Octavio paz en *El laberinto de la soledad* afirma:

Sin duda en nuestra concepción del recato femenino interviene la vanidad masculina del señor – que hemos heredado de indios y españoles. Como casi todos los pueblos, los mexicanos consideran a la mujer como instrumento, ya de los deseos del hombre, ya de los fines que le asignan la ley, la sociedad o la moral. Fines, hay que decirlo, sobre los que nunca se le ha pedido su consentimiento y en cuya realización sólo participa pasivamente, en tanto que "depositaria" de ciertos valores. Prostituta, diosa, gran señora, amante, la mujer transmite o conserva, pero no crea, los valores y energías que le confían la naturaleza o la sociedad en un mundo hecho a la imagen de los hombres, la mujer es sólo un reflejo de la voluntad y querer masculinos. Pasiva, se convierte en diosa, amada, ser que encarna los elementos estables y antiguos del universo: la tierra, madre y virgen; activa, es siempre función, medio, canal. La feminidad nunca es un fin en sí mismo, como lo es la hombría.

Palabras ciertamente demoledoras, pero descaradamente verdaderas. Como comenta Monsiváis, la primera cosa que los españoles y los indígenas tienen en común es la consideración del papel de la mujer en una sociedad basada en la dinámica de los privilegios de una clase social con respecto a la otra, de un género sexual con respecto al otro. Una visión que se desarrolla en la sociedad patriarcal y que permanece en México, hasta nuestros días, en la educación familiar. También Marta Acevedo no tiene dudas al respecto: "Hoy el sexismo se mantiene sobre tres áreas interrelacionadas: el sexo barato, los estereotipos femenino-masculino y el relegamiento de las mujeres a su papel en familia". Son relativamente escasas



las referencias a los derechos de las mujeres en la Constitución de 1857 y sólo en parte se ampliarán en la Constitución de 1917. Todavía en 1953 la mujer no es parte activa de la Nación, si bien se le reconozca el derecho de voto.

En *Escenas de pudor y liviandad* Monsiváis se pregunta: "¿Cómo situar históricamente la permanente marginación social y política de las jóvenes y las adolescentes populares en México?". Es una pregunta delicada y reveladora sobre el papel totalmente marginal que la mujer ha tenido en México, a no ser más que como "acompañantes" y "seguidoras" de las grandes gestas masculinas a cuya sombra permanecen. Después del derrocamiento de Porfirio Díaz y las luchas intestinas por el poder, se marcha hacia la modernización: se firma la Constitución de 1917, después nace el Partido Nacional Revolucionario, pero en la nación que partirá hacia el progreso no hay lugar para las mujeres. La mujer permanece siempre encerrada en el dominio doméstico, como una prisión dorada y acaso no demasiado dorada, cuando hablamos de las mujeres de las clases bajas. Luego, la vuelta de tuerca: en 1953 ya no se puede evitar conceder el derecho de voto a las mujeres, pero no se piensa ni siquiera en unir a este derecho una educación política que pueda integrarlas en un país del que ellas también hacen parte.

La mujer, durante muchos siglos, ha sido educada en reprimir su ser, su personalidad y sus pulsiones. Así que su erotismo ha tomado la forma del sexo a pagamento. La sociedad en la que vivimos se funda en una ideología de represión que se ha construido y fortalecido durante muchos años. Muchas veces, consideramos normales formas de pensamiento que se no han impuesto "sin pedir nuestro consentimiento". Sin embargo, en 1968 los principios del feminismo militante llegan también en México. Las mujeres se levantan, empiezan a pretender sus derechos, empiezan a "decir la verdad" como diría Virginia Woolf.

En los años 1970 empiezan las primeras manifestaciones contra el concurso de Miss México y contra la ley sobre la penalización del aborto. Sin embargo, la mentalidad misógina y la desigualdad que entraña, están de tal manera afianzadas, que desquiciarlas resultó casi imposible. Es un hecho que la mujer es físicamente débil y puede ser fácil víctima de una violencia física contra la que no puede hacer mucho, si no es tutelada por leyes fuertes y aplicables de gran alcance. Leyes que aunque existen, en México son deliberadamente ignoradas. La mujer sigue siendo, en alguna forma, un objeto del placer. De hecho, para las violencias sexuales, la tendencia sigue siendo la de culpabilizar a la víctima. Una actitud que la Iglesia conoce muy bien: "algo debe de haber hecho para desencadenar la agresión", palabras escalofriantes que muchos exponentes del clero todavía repiten en el Siglo XXI.

La violencia contra las mujeres, según Monsiváis, ha sido uno de los más largos ecos del sistema feudal – pensemos en el *ius primae nocti*. Añade, después, que el límite de la libertad de las mujeres es proporcional a la violencia, que llega a





su ápice con las más de 300 mujeres, adolescentes y niñas violadas, torturadas y matadas en Ciudad Juárez, desde 1993 hasta la fecha. Todavía en el año 2000, las palabras del entonces cardenal de Guadalajara, Juan Sandoval Íñiguez, son perturbadoras al culpabilizar a las mujeres que salen, según él, con ropas demasiado provocadoras y utilizan movimientos demasiado sensuales. Mordaz y necesaria la ironía de Monsiváis al respecto: “Sólo le faltó decir «Si no quieren que les pase nada, salgan sin cuerpo»”.

Me pregunto qué tan sensual pueda ser una mujer con una divisa, que sale de una maquiladora después de una larga jornada de trabajo. No lo es. La violencia no es más que la consecuencia del odio. Y salen a la mente, tristes, inevitables, las palabras de Virginia Woolf acerca del gran mal del siglo XX: los regímenes totalitarios. La escritora inglesa afirma que el gran mal de nuestro tiempo es el odio, el odio racial, que probablemente proviene del más antiguo odio sexista. Pero el problema imperante en el México contemporáneo sigue siendo la impunidad. Quien hace violencia sabe que no será perseguido. Nadie indaga, nadie da respuestas. Hasta la fecha, en México, mujer quiere decir “despojo de guerra” en las guerras del Narco y al Narco, quiere decir derecho de posesión. Y entonces casi no te sorprendes si en el Metro Tacubaya, mientras descienes las escaleras, ves la última publicidad de los vaqueros de moda con la frase (cito de memoria): “Porque a nosotros [los hombres] nos gusta sentirnos fuertes”. Existen homicidios transversales en el México contemporáneo, sustentados o ignorados. Sin embargo, la militancia de las mujeres en México no está ausente. En la segunda mitad del siglo XX, de hecho, en Hispanoamérica empiezan a desarrollarse los movimientos feministas y las mujeres se transforman en productoras de la sociedad civil que discuten sobre temas delicados como la “igualdad” y la “diferencia”. En *Apocalipstick* Monsiváis dedica uno de sus capítulos a la marcha de los disidentes, entre los cuales encontramos también a las feministas. Ellas toman la calle pocas veces, declara el cronista mexicano, pero si sus protestas no dejan ningún signo en la memoria colectiva, las causas por las cuales han luchado y todavía luchan permanecen. El cambio es lento, evidente en unos casos (la reforma del lenguaje público con la introducción de la perspectiva de género), otras veces casi imperceptible (en las dinámicas y costumbres familiares), pero es un cambio constante.

Sin embargo, es también a través de la literatura que en México se empieza a



cuestionar radicalmente la figura de la mujer y su papel en la sociedad. Es en el mundo de las infinitas posibilidades del lenguaje, que se puede empezar a subir la voz. Si es verdad que la salud de una sociedad se mide también por la de su lengua, como sostiene Adolfo Castañón, entonces es trabajando primeramente con el lenguaje que se pueden evolucionar, acaso también subvertir, ciertos paradigmas. México cuenta con una gran cantidad de literatura de alta calidad escrita por mujeres. En las primeras décadas del siglo se advierte la necesidad de investigar la temática social, la identidad y la libertad frente a la sociedad de cuño machista, para llegar, en seguida, a la tradición de la Generación de Medio Siglo, interesada en indagar el compromiso nacionalista o el abuso de poder. Pensemos sólo en los aportes de mujeres que van de Rosario Castellanos y Amparo Dávila hasta nuestra generación, sobre todo por lo que concierne a la discusión acerca de temas como la crisis de identidad o la locura. La mujer que se describe en estos nuevos textos, en estas nuevas negociaciones con el lenguaje que es, a la vez, privado e inherentemente político, no encontramos víctimas, sino mujeres en continua lucha. De hecho, una de las más reconocidas escritoras mexicanas contemporáneas, que trabaja con la figura de la mujer, Cristina Rivera Garza, ha declarado en una entrevista: “no me interesa el discurso de la victimización femenina porque muchas veces, en su afán por identificar y reivindicar las demandas de las mujeres, se pierde de vista la agencia que muchas de estas muy diversas mujeres han ejercido a lo largo y ancho de la historia con armas muy dúctiles y culturalmente específicas”. El trabajo necesario, entonces, debe empezar desde abajo, en la educación. Un trabajo que tiene que ver con la voluntad a la vez deconstructiva y performativa de una sociedad que necesita cuestionar un pasado del que no puede prescindir y, al mismo tiempo, crear nuevos lenguajes y nuevos significados.

Para leer más:

Marta Acevedo, “Sobre el sexismo mexicano”, *La CM*, d.d.

ÁLVAREZ, Natalia. “La narrativa mexicana escrita por mujeres desde 1968 a la actualidad”, en José Carlos González Boixo (Ed.). *Tendencias de la narrativa mexicana actual*, Madrid, Iberoamericana, 2009.

LAMAS Marta [ed.]. *Miradas feministas sobre las mexicanas del siglo XX*, México, Fondo de Cultura Económica, 2007.

MONSIVÁIS Carlos. *Escenas de pudor y liviandad*, México, Debolsillo, 1988.



Instituto Nacional de Antropología e Historia

OBSIDIANA:

VIDRIO PRECIOSO DE AYER Y HOY

Exposición temporal

Del 2 de agosto al
25 de octubre de 2013

Museo de Sitio de Xochicalco

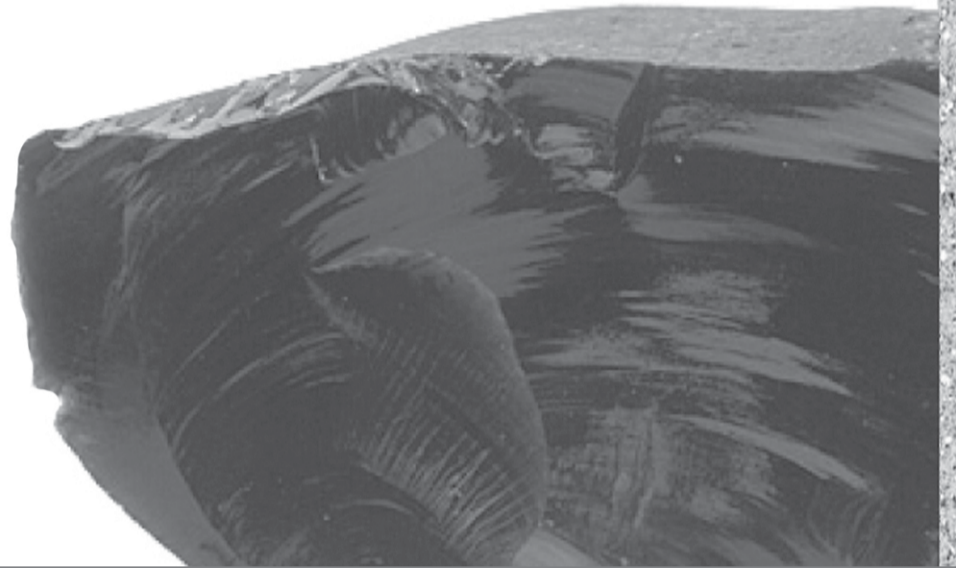
xochicalco.mor@inah.gov.mx

SEP
SECRETARÍA DE
EDUCACIÓN PÚBLICA



CONACULTA
SECRETARÍA DE CULTURA

MUSEO DE SITIO DE XOCHICALCO
Escuela Nacional
de Antropología
e Historia



SEP

SECRETARÍA DE
EDUCACIÓN PÚBLICA



CONACULTA



SINAFO
Sistema Nacional de Fototecas

FJD
Fototeca Juan Dubernard



Arnulfo Viveros

Fotografías del pasado morelense

1920-1937

Museo Regional Cuauhnáhuac - Palacio de Cortés
Sala de Exposiciones Temporales
Cuernavaca, Morelos

Informes

Centro INAH Morelos
Fototeca Juan Dubernard
3-12-59-55 Ext.258049
fototeca.mor@inah.gov.mx

Palacio de Cortés
Museo Regional Cuauhnáhuac
3-12-81-71 Ext. 258103
palaciodecortes@inah.gov.mx



Facebook

- INAH Morelos
- Palacio de Cortés
- Fototeca Juan Dubernard



el tlacuache

CONACULTA • INAH

Matamoros 14, Acapantzingo, Cuernavaca, Morelos

www.morelos.inah.gov.mx

Órgano de difusión de la comunidad de la Delegación INAH Morelos

Consejo Editorial

Eduardo Corona Martínez
Luis Miguel Morayta Mendoza

Israel Lazcarro Salgado
Raúl Francisco González Quezada

Coordinación editorial de este número: **Israel Lazcarro Salgado**
Diseño y formación: **Joanna Morayta Konieczna**

El contenido de los artículos es responsabilidad exclusiva de sus autores